



Revolucionarios



JOSHUA FURST

*Traducción del inglés a cargo de
Alba Montes Sánchez*



IMPEDIMENTA



*E*n las primeras semanas después de las elecciones presidenciales de 2016, a medida que las corrientes progresistas de la cultura estadounidense comenzaban a organizarse para formar lo que vendría a llamarse *The Resistance*TM, responsable de las protestas más multitudinarias y eficaces que se habían llevado a cabo contra el Gobierno de los Estados Unidos desde los estallidos de rebeldía de la década de 1960, la empresa audiovisual digital *AlternaMania* se puso en contacto conmigo con la idea de producir unos cuantos documentales cortos que acercaran las luchas de la era pasada a la ciudadanía socialmente comprometida de hoy en día. Les sugerí realizar una serie de entrevistas, que se intercalarían con imágenes históricas seleccionadas con el máximo cuidado, con el objetivo de evitar las típicas generalizaciones sobre los años sesenta y ofrecer un análisis más revelador de las vidas y las motivaciones de los individuos que, con sus acciones, influyeron de forma más dramática en la época.

De los muchos individuos y grupos merecedores de atención, el que más me interesaba era Lenny Snyder, un bufón radical que se hizo famoso por su papel en las protestas que tuvieron lugar en 1968 en Chicago, con motivo de la Convención del Partido Demócrata. Snyder se había suicidado en 1991, tras una larga batalla contra el trastorno bipolar que

padecía. Su esposa, Susan, había muerto en 2004 de cáncer de ovarios. Su fiel compañera, Caroline Emerson, con la que había convivido durante los últimos dieciséis años de su vida, seguía viva, pero padecía demencia senil y la persona que la cuidaba rechazó mis peticiones de entrevistarla.

Esto dejaba como única posibilidad al hijo de Snyder, Freedom, que era conocido por proteger su intimidad con uñas y dientes y por su hostilidad a la fascinación de los periodistas hacia su padre. Había denunciado al menos a cuatro de ellos por calumniarlo en sus escritos sobre Lenny Snyder y su legado. En 2011, durante las manifestaciones de Occupy Wall Street, fue detenido por darles una paliza a dos manifestantes que lo habían abordado en el centro comercial Crossgates de Albany, con la esperanza de convencerlo para que diera un discurso en el parque Zuccotti. Posteriormente retiraron los cargos. Había vivido mayormente al margen de los medios y no tenía presencia alguna en las redes sociales. Cuando por fin lo localicé, me sorprendió averiguar que llevaba lo que parecía ser una vida tranquila y normal, ganándose el pan como instalador de aislamientos de fibra de vidrio y manitas ocasional en Troy, Nueva York.

Tras escribir innumerables correos a la dirección de AOL que tenía de Snyder solicitándole una entrevista, sin recibir respuesta alguna, conseguí, con grandes dificultades, obtener su número de teléfono y, para mi sorpresa, contestó cuando le llamé. Accedió a concederme una entrevista bajo ciertas condiciones, a saber: que fuera solo; que no le grabara en video ni le fotografiara, aunque estaba dispuesto a permitirme hacer una grabación de audio si antes le dejaba inspeccionar mi equipo, y, la más importante de todas, que no intentara «contar[le] lo que la vida de Lenny significa [para mí]».

A aquellas alturas (abril de 2017), el proyecto de la serie documental de AlternaMania había quedado reducido, por razones tanto editoriales como económicas, a un puñado de breves biografías en formato de dibujos animados, aderezadas con citas de Noam Chomsky y Naomi Klein, que se difundirían a través de Facebook y Twitter. Las reflexiones de Freedom Snyder sobre la vida de su padre ya no resultaban necesarias. Pero, a pesar de todo, acepté sus condiciones y proseguí con mi plan de entrevistarlo.

Conduje hasta Troy un ventoso martes por la mañana, según lo acordado, con mi fiel grabadora Tascam DR-05. El hogar de Snyder, del que se enorgullece de ser propietario, es una modesta casa de madera compuesta de cuatro habitaciones y un ático, con musgo creciéndole entre las tejas. Al igual que las otras pocas casas que la rodean, tiene un aspecto más bien frágil, casi podría llamársela choza. Está construida sobre un terreno algo descuidado de un kilómetro cuadrado. El sendero que conducía al porche de la entrada estaba flanqueado por varias cajas de herramientas parcialmente cubiertas con lonas azules. Cuando llamé, le llevó tanto tiempo abrir la puerta que, de no ser por la vieja camioneta Ford aparcada junto a la casa, me habría marchado pensando que se había olvidado de nuestra cita. En su lugar, encendí la grabadora y esperé. Cuando abrió la puerta, sin camisa y descalzo, me di cuenta de que lo había despertado. Me invitó a pasar y me presentó a las dos mugrientas gallinas que tenía como mascotas.

Con sus ojos oscuros y hundidos y con su pelo como de lana de acero, Snyder guarda un parecido asombroso con su padre. Los roñosos vaqueros le colgaban de los huesos de la cadera. En el brazo izquierdo llevaba tatuadas unas bandas negras y lisas, como una sucesión de cintas de cuero que iban desde la muñeca hasta el bíceps.

Según me había indicado, en lugar de proyectar sobre él mi admiración por su padre, me limité a encender la grabadora y dejarle hablar. Y quizá por esa razón, al final de nuestra primera entrevista, se ofreció a concederme alguna más.

En el curso de los cinco meses siguientes, nos vimos otras tres veces. En esos encuentros, me dio la impresión de que alternaba entre la sinceridad y la hostilidad. A veces me parecía que modulaba el relato para aplacar o trastocar mis expectativas, enfatizando ciertos elementos para impactarme o seguirme la corriente. Había heredado el agudo ingenio de su padre, lo que él llamaba el «ilimitado talento para las gilipolleces» de Lenny. A veces las historias acudían a él por asociación de ideas; pero otras veces parecían ensayadas, demasiado adornadas, incluso contradictorias: historias relatadas en cientos de bares durante demasiadas décadas. Pero su deseo de ser comprendido resultaba palpable. Hubo ocasiones, especialmente a medida que avanzaban las entrevistas y me iba ganando su confianza, en

que se despojó de todos los escudos, y entonces daba la sensación de estar enfrentándose a aspectos de su vida de los que nunca había hablado abiertamente con nadie.

Freedom Snyder tenía 49 años cuando lo entrevisté; la misma edad que Lenny cuando inició su lento descenso hacia la depresión final que lo llevaría, cinco años más tarde, a quitarse la vida. Mientras le oía hablar, a menudo me pregunté hasta qué punto ese hecho había influido en su decisión de sincerarse conmigo de aquella forma tan poco propia de él. Puede que yo llegara en el momento preciso, justo cuando, por motivos personales, necesitaba una excusa para enfrentarse a la vida y al legado de su padre. También es posible que me estuviera tomando el pelo, burlándose de mi idealismo. A veces daba la sensación de estar haciendo ambas cosas a la vez.

En cualquier caso, me siento agradecido de que me escogiera como testigo.

En la preparación de este manuscrito para su publicación, he seguido las normas que tradicionalmente se aplican a esta clase de relatos. He borrado, en la medida de lo posible, las huellas de mis intervenciones, con las que pretendía ayudar a Snyder a acceder a sus recuerdos. También he llevado a cabo una leve edición estilística, en aras del ritmo y de la coherencia, limando los titubeos iniciales y los tics verbales que inevitablemente surgen en el habla improvisada. Aun así, me he esforzado por no interferir en la textura del estilo oral de Snyder.

Por último, constituiría una negligencia por mi parte no agradecer a Ben Clague y a David Bradley su inestimable ayuda a la hora de editar y transcribir las horas y horas de grabaciones en sucio de mis entrevistas con Freedom Snyder. También he de dar las gracias a mi pareja, Kai, y a nuestros dos pitbulls, Hill y Bern, que nunca me han permitido caer en el desánimo, al contrario que los auténticos Hill y Bern, que sí lo hicieron. Este libro no existiría sin ellos. Gracias tibi.

C. C. CLAYTON

I
VOLUNTARIOS

Lámame Fred. No soporto que me llamen Freedom. Eso de ponerme «Libertad» de nombre es una gilipollez que se le ocurrió a Lenny para conseguir que la gente como tú no parase de hablar de él.

Y funcionó. ¿No? ¿O es que te has pegado la paliza de conducir hasta aquí con tu grabadora y tu mochila llena de buenas intenciones para escuchar historias mías? Yo solo soy el chaval. Lo que tú quieres es otra dosis de Lenny. Una ración más del carnaval de los sesenta. Toda esa música rebelde. Los estampados caseros en espiral, el amor libre y el asalto a las calles. Han pasado ya veintiocho años desde que murió y aún seguís sin tener suficiente.

Pues vale. Ha sido así durante toda mi vida. ¿Quién soy yo para juzgar?

A la edad que tengo ahora, Lenny ya había cambiado el mundo. O al menos eso es lo que él habría proclamado. ¿Y yo? Yo no soy más que un fulano que ha hecho un par de trabajos de carpintero. Que ha reformado un par de baños. Que ha sobrevivido escapando a todas las miradas. He llevado camisetas con frases mordaces y he reflexionado irónicamente sobre la mercantilización de la revolución, he trabajado en cafeterías y en librerías. Lo que hiciera falta.

He timado y me han timado un par de veces. Me he escabullido y he sobrevivido. Si algo he aprendido de ser el hijo de Lenny Snyder es a salir del paso hasta el día siguiente, embaucando a la gente con gilipolleces.

Pero la verdad es que no tengo ni idea de nada.

Salvo de Lenny, supongo. De él sé mucho.

Sé que le fallé.

Pero él también me falló a mí.

¿Por qué? ¿Cómo?

Bueno, ¿por dónde empezamos? Por él, supongo. Lenny Snyder. El alfa. El omega.

Me parece que esto nos va a llevar un buen rato. ¿Quieres un café? Solo tengo instantáneo.

Si Lenny estuviera aquí, te diría que se fogueó como Viajero de la Libertad. Participó durante años en el movimiento por los derechos civiles. Aprendió tácticas de organización del mismísimo John Lewis. Al final, acabó recalando en Liberty House, la tienda de Bleecker Street donde el Comité Coordinador Estudiantil No Violento, el SNCC, vendía sus fruslerías. Se pasaba el día desempaquetando alfombras hechas a mano, pendientes de madera y muñecas de trapo con botones a modo de ojos. Reponiendo tarros de tomates verdes y mermelada de melocotón en conserva en los expositores. Aportando su granito de arena a la causa de los negros pobres de Mississippi a base de pregonar su mercancía entre el público comprometido y con mala conciencia de Nueva York. Pero estaba inquieto. Sentía que perdía el tiempo manteniéndose tan alejado de la acción. No era ya más que un dependiente bienintencionado que vendía *souvenirs* en pro de la causa.

Lenny te diría que algo se estaba cociendo en la ciudad. Que una nueva ráfaga de energía recorría las calles, arrastrando a su paso a la juventud estadounidense, a los chavales a los que nadie quería, a los chavales que habían perdido la fe en los dioses de sus padres, llevándolos por los puentes y a través de los túneles hasta la ciudad.

Merodeaban por la tienda algo aturridos, algo hambrientos. No muy seguros de la razón exacta por la que se encontraban allí. Se decidían por los caramelos, de menta o de café con leche. Tímidamente, calculaban su peso en la palma de la mano. Le preguntaban a Lenny el precio y, cuando este se lo decía, respondían «Mola» y fingían buscar otras opciones durante un minuto más antes de devolver los caramelos a la estantería. Sin decir una palabra, salían de allí arrastrando los pies y volvían a trompicones al Lower East Side, donde, temblando y muertos de hambre, se preguntarían en qué habían estado pensando cuando decidieron venir a la ciudad. Lenny miraba por la ventana, los observaba alejarse y pensaba: ¿Por qué estoy aquí dentro cuando debería estar ahí fuera? Al SNCC no le pasaría nada por quedarse sin un chaval judío como él que cobrara a los clientes y llevara los libros de contabilidad.

Lenny te diría que aquellos chicos no eran hippies. ¿Qué era un hippie? Él no se había inventado a los hippies aún. Esos no eran más que una panda de críos que se habían escapado de sus casas y que sintonizaban con las vibraciones cósmicas que flotaban en el aire. Tenían cartillas de reclutamiento que quemar e iban en busca de algo nuevo, fuera lo que fuera, una alternativa a las arenas movedizas del sudeste asiático en las que poco a poco se les iban hundiendo los tobillos, sin que nadie alcanzara a verlo. Pues bien, él sabía lo que buscaban. Ese «algo nuevo» era él. Dejó de cortarse el pelo. Se quitó la camisa Oxford y los pantalones de vestir, se enfundó en una camiseta y en unos vaqueros y cruzó la ciudad para unirse a la cultura juvenil.

Lenny te diría que la revolución necesitaba sus héroes. Y que él se limitó a responder a la llamada.

Se erigió en pícaro, en sátiro, en el gran dios Pan que danzaba sobre sus patas de cabra a través de la jungla del Lower East Side. Empleó todas sus habilidades organizativas para crear una sociedad nueva. Decía: Nunca te fíes de nadie mayor de treinta años. Decía: Hoy es el primer día del resto de tu vida. Decía: El *Flower Power* es el poder del pueblo. Libera tu mente y tu mundo seguirá ese mismo camino. La realidad es aquello que tú hagas de ella. La revolución está en tu mente. Sintonízate, colócate y abandónate. Todo debería ser gratis.

Y, atraídos por su mensaje, los jóvenes acudían a él sin cesar.

Cuando vio que tenían hambre, se las ingenió para hacer tratos con los viejos que regentaban los tugurios de la zona, polacos y portorriqueños y judíos que hablaban su idioma. Si me apartas un tanto por ciento del género, y a lo mejor un poco de aquella carne también, yo me encargaré de que estos melenudos no te saqueen el local. Todos los jueves preparaba un guiso y se lo servía a cualquiera que estuviera merodeando por Tompkins Square.

Cuando vio que no tenían donde dormir, les dijo: Venid a mí. Yo os diré dónde queda el sitio más cercano para echar el saco. Me los conozco todos. Conquistaremos este vecindario edificio por edificio.

Cuando vio que no tenían ropa ni zapatos ni nada de nada, forzó las puertas de un local vacío y las abrió de par en par. Allí acarreaba todo lo que encontraba por la calle —sillones, cómodas, pilas de libros viejos—, y lo complementaba con artículos más lujosos, chaquetas de ante, minifaldas, prendas de última moda que «liberaba» de la trasera de los camiones. Se colaba en Macy's —por la entrada de servicio, en mitad de la noche—, cargaba los muebles de exposición desportillados de la temporada pasada que habían sido desechados por los grandes almacenes, los transportaba hasta Blecker Street y los iba dejando sueltos por el mundo. Los chavales entraban y se paseaban por el local. «¿Qué vale esto?», preguntaban señalando un paraguas roto, una sartén maltrecha con el mango derretido o, los más atrevidos, una mesa de formica. Y Lenny les contestaba: «¿Lo quieres? Es tuyo. Lo único que tienes que hacer es dejar algo en su lugar. O no. Es gratis. En esta tienda todo es gratis». Un día apareció con un televisor en color último modelo, un trasto gigantesco encajado en su propio mueble que llevaba un tocadiscos de alta fidelidad incorporado en la tapa superior. De la gama más alta. Venía directo de los grandes almacenes S. Klein. Tenía hasta mando a distancia; así de ostentoso era. Lenny se había presentado allí el día anterior con su camioneta y le había contado al encargado la milonga de que el almacén solicitaba su devolución. Había salido de la tienda paseándose tranquilamente con el aparato en las manos. Lo colocó en el escaparate con un cartel pegado a la pantalla: TODO GRATIS. Los

chavales entraban y salían llevándose lo que quisieran —botones desaparejados, cómics, mocasines y botas—, pero por algún motivo nunca tocaban el televisor. Ni siquiera preguntaban por él. No eran capaces de dar el salto a la libertad total, aún no. Lenny iba tener que pelarse el culo para poder cambiar su marco de referencia.

Cuando vio que no tenían costo, empezó a hacerles porros. No se le podía poner precio a la nueva conciencia.

Cuando vio que querían escuchar música, asaltó el Fillmore East y les exigió que los espectáculos fueran gratuitos.

Cuando vio que habían enfermado de gonorrea, robó penicilina para ellos.

Cuando vio que muchos tenían tendencias suicidas, montó una línea telefónica de emergencia a la que podían llamar. Había un puñado de defensoras de causas perdidas a las que Lenny se follaba de vez en cuando que estaban dispuestas a trasnochar para disuadir a los chavales.

Cuando vio que la poli los detenía por merodear con intenciones delictivas, por ensuciar la vía pública, por mear contra un árbol, todo acusaciones falsas, como ocurre con la mayoría de los delitos en los Estados Unidos, presionó a las tiendas de discos y a los locales de accesorios para fumetas, los negocios que más se habían enriquecido a costa de los deseos de los chavales, hasta que crearon un fondo para pagar las fianzas. Sin intereses. Sin obligación de devolver el dinero. ¿Lo pilláis? Somos libres.

Organizó reuniones vecinales y formó comités. ¿Que el quiosco Gem Spa ha aumentado el precio de sus famosos batidos *egg cream*? Vamos a boicotearles. ¿Que la cafetería Leshko's se niega a servirte si llevas el pelo largo? Vamos a hacer una sentada. ¿Que la poli del 6º distrito está volviendo a acosar a los portorriqueños? Vamos a enseñarles lo que se siente a esos hijos de puta.

Se agenció un mimeógrafo y empezó a imprimir panfletos a centenares. Se pasaba día y noche por las calles, repartiéndolos entre todos los que se cruzaban con él. Un chapucero cuadernillo grapado lleno de tácticas de supervivencia subversivas. Avisos a la vecindad. Dónde encontrar clínicas improvisadas y huertos de barrio. Este

domingo se celebra una fiesta popular en la Calle 12. Atentos al tipo rubio del sombrero de fieltro rojo: va metiéndoles mano a las tías por St. Mark's Place. La moneda islandesa de cinco aurar vale la octava parte de un centavo estadounidense. Tiene exactamente el mismo tamaño y pesa lo mismo que una moneda de veinticinco centavos. Consigue un puñado de ellas, ve a las máquinas expendedoras de la cafetería, mete las fichitas en los cacharros y date un banquete.

Cuando las calles necesitaban una limpieza porque el Ayuntamiento asignaba sus limitados recursos a los barrios con bulevares y viviendas de propietarios que sí pagaban impuestos, él y sus seguidores se disfrazaban de payasos, con toda la cara pintarrajeada y zapatos de la talla 59. Se pertrechaban con un montón de escobas de conserje y barrían las calles ellos mismos, amasando montañas de basura y citaciones judiciales por alteración del orden público al final de cada manzana.

Lenny se dedicaba a presionar y atosigar. Decía: Deja que esto se deshaga en la lengua. Seré tu guía espiritual. Quedamos el sábado en la pradera de Central Park. Flotaremos por allí con alas de cartón piedra. Nos quitaremos la ropa, bailaremos y seremos felices y, a diferencia de este país de mierda, no conoceremos el pecado. Se le unieron diez mil personas en aquel viaje y, cuando llegaron, él señaló al cielo y diez mil flores llovieron sobre ellos. Y, durante un rato, durante unas cuantas horas en tecnicolor, todos se olvidaron de que iban a morir y de quiénes eran los que estaban intentando matarlos. La próxima vez se acordarían. Lenny se aseguraría de ello.

El amor estaba en el agua, en la tierra surcada de plomo, guiñando los ojos a través de las grietas de la calzada. Era imposible salir a la calle sin tropezarse con él. Las chicas se comportaban como los hombres, lo repartían gratis. Y él, cómo no, participó de la belleza de la creación. Conoció a mi madre en la tienda, un día en que ella dio marcha atrás a su camión hasta dejarlo frente a la misma puerta, abrió de par en par el remolque y soltó un centenar de pollos en la acera. Una tormenta de plumas. Una algarabía de chillidos entremezclados mientras los animales corrían por toda la calle en su frenesí por escapar de su encierro. Y allí estaba ella, con su figura de

mujer fatal y su lenguaje corporal de guerrillera urbana. Con el pelo planchado, que le llegaba hasta el culo. Como si acabara de salir de las colinas de Cuba.

—Pero ¿qué es esto? —preguntó él.

—Animales de granja —fue su respuesta—. Vamos. El próximo cargamento es de cabras.

Luego, en la cabina de la camioneta, mientras salían de la ciudad, Lenny le preguntó:

—¿De qué va todo esto? ¿Cuál es tu gran idea? —Mi madre le recordaba a las chicas que había conocido en Brooklyn, muchísimo más duras que los chicos, ansiosas por divertirse sin complejos antes de someterse a la ortodoxia judía. Aquellas chicas que le habían enseñado a decir tacos y lo que de verdad significaba ser un macarra.

—Dale pescado a un hombre y lo alimentarás por un día —dijo ella—. Enséñale a pescar, y lo alimentarás para el resto de su vida. No hace mucho, Nueva York estaba abarrotado de animales de granja. Puede que la gente fuera pobre, pero no pasaba hambre. Recogían sus propios huevos y ordeñaban sus propias vacas. Lo que estamos haciendo ahora se llama repoblar.

—Me estás dejando alucinado —respondió él—. ¿Cómo te llamas, tía?

—Suzy Morgenstern. ¿Y a ti qué te importa?

Tenía un puntito marrón en el globo ocular izquierdo, un lunar líquido. La cosa más sexy que Lenny había visto en su vida.

Dos semanas más tarde —para entonces ya habían empezado a follar—, repitieron la jugada, esta vez con unos arbolitos jóvenes que liberaron del Van Cortlandt Park. Un proyecto de embellecimiento urbano. Coloca un árbol en mitad de la calle. Amontona tierra a su alrededor hasta que se mantenga en pie. Devuelve la jungla a la jungla de asfalto. Los hippies: ahora ya eran hippies, qué duda cabe, pero ¿qué quería decir eso? Quería decir personas sin limitaciones, que no necesitaban autoridad alguna, que solo se diferenciaban de los moteros en que sus caóticas aspiraciones se dirigían a Dios en vez de al diablo. El proyecto de reforestación de Lenny les pareció flipante. Cada vez que aparecía un árbol nuevo en la Avenida A o en la Calle 4 o en

Delancey, los hippies surgían de la mugre para envolverlo en cintas de colores, como niños engalanados bailando en torno a la vara de la fiesta de los Mayos. Y aquello tenía la ventaja adicional de parar el tráfico.

Lenny te diría que se trataba de algo más que de juegos y diversión. Te diría que todo formaba parte de su plan desde el principio. El pueblo al poder.

Te recordaría que el país estaba en guerra. La gente vivía aterrada ante la posibilidad de que los llamaran a filas. Teníamos que enseñarles el jardín antes de que pudieran preguntar quién era su dueño. Quién, en justicia, debería serlo. Quién iba a cuidarlo mejor. Teníamos que darles esperanzas, ganarnos su confianza y educarlos. De ahí los espectáculos de marionetas y los mimos y los payasos. De ahí los submarinos amarillos gigantes. De ahí la pintura corporal y los collares de flores. De ahí las grandes fiestas psicodélicas y las celebraciones públicas del amor libre y de la marihuana. Entonces les decía: Oye, tú, mira, los viejos están todos pasmados. Bucea en sus almas. Tu madre. Tu padre. ¿Qué opinas de ellos? ¿Y de aquel tío trajeado que está leyendo *The Wall Street Journal*? ¿Y de los tipos que se reúnen en la sala de crisis de la Casa Blanca a idear nuevas estrategias para conseguir que te maten? ¿Qué crees que opinan ellos de ti? Lenny te diría que, desde el principio, su táctica había consistido en inyectar un espíritu activista en la cultura juvenil. Tenía treinta años, no era un niño ni mucho menos, para él pillarse un colocón y tocar los bongós en el parque era un trabajo, no una manera de pasar la tarde. Relaciones públicas. Un espectáculo que organizaba para cultivar la conciencia comunitaria entre aquellos a los que consideraba sus electores potenciales. Era un trabajo en toda regla, motivarlos y soltarlos a hacer de las suyas por toda la nación. Cuando no andaba por las calles, era porque estaba participando en una reunión en alguno de los cientos de puntos de encuentro desperdigados por toda la ciudad —el piso de algún viejo izquierdista incondicional o el sótano de una iglesia o las oficinas de la Federación Estadounidense del Trabajo o un aula abarrotada de esos cabrones inconsistentes de la asociación de Estudiantes por una Sociedad Democrática—, agazapado en una silla plegable, listo para saltar.